



NUEVA  
HISTORIA  
DE LAS  
MUJERES  
EN LA  
ARGENTINA



Débora D'Antonio  
Valeria Silvina Pita  
DIRECTORAS

(prometeo)  
libros

Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina /

Dirección de obra de Débora D'Antonio; Valeria Silvina Pita.

Participan: Caldo, Paula; D'Uva, Florencia; de Paz Trueba, Yolanda; Scheinkman, Ludmila; Pasquali, Laura; Schettini, Cristiana; Billorou, María José; Martín, Ana Laura; Ramacciotti, Karina Inés; Pérez, Inés; Pite, Rebekah E.; Queirolo, Graciela; Gutiérrez, Florencia; Acha, Omar; Barry, Carolina.

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo Editorial, 2024.

Volumen 2, 296 p. 24 x 17 cm.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8267-95-1

I. Historia Argentina. 2. Estudios de Género. 3. Feminismo. I. Caldo, Paula.

II. D'Antonio, Débora, Dir. III. Pita, Valeria Silvina, Dir.

CDD 305.4209

**Proyecto editorial:** Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita

**Dirección, coordinación general y narrativa visual:** Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita

**Diseño y diagramación:** Verónica Borsani

**Curaduría de imágenes:** Nina Turdó y Renato Tarditti

**Corrección y articulación editorial:** Florencia D'Antonio

**Revisión general de textos:** Liliana Stengele

**Ilustración de tapa:** Matias Carioli Nelli

ISBN volumen 2: 978-987-8451-55-8

ISBN obra completa: 978-987-8451-52-7

Los textos que se incluyen en este volumen han contado con rigurosas evaluaciones por parte de reconocidos pares académicos de acuerdo a parámetros internacionales.

El resguardo y la libre disponibilidad de la documentación histórica ha permitido a esta obra beneficiarse con una extraordinaria variedad de fuentes. Esta producción utiliza material que se encuentra bajo la guarda y custodia del Archivo General de la Nación, formando parte de su acervo. Este tomo, además, se ha nutrido del acervo de imágenes del Centro de Documentación de Geografía, Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tandil.

Esta obra recibió el apoyo del Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCYT) a través del PICT 00710-2018 y contó con la generosidad de la Dra. Dora Barrancos por medio del UBACYT 20020170100759BA.

© De esta edición, Prometeo Libros, 2023 Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires, Argentina Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

editorial@treintadie.com

www.prometeoeditorial.com

@prometeo\_libros

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados.



Las abejas (sus. fem) son insectos voladores de color pardo oscuro, con vello rojizo y dos pares de alas transparentes cruzadas de nervios. Se adaptan a todos los hábitats, son sociales y viven en colonias muy bien organizadas. Producen cera, miel y son polinizadoras. Se las conoce por ser laboriosas y previsoras.

# ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| <b>INTRO.</b><br><b>Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita</b> | 10 |
|---|----|

---

|  |    |
|--|----|
| <b>1. RECETAS QUE SE TRANSFORMAN<br/>EN LIBROS. APUNTADORAS, ESCRITORAS<br/>Y COCINERAS, 1865-1914</b> | 18 |
|--|----|

**Paula Caldo**

Costumbres en común/ Mujeres en las cocina/  
Cacerolas, cazuelas y fogones/ El menú/ Volver  
a Mercedes

---

|   |    |
|---|----|
| <b>2. LAS VIUDAS DE LOS RIELES.<br/>LA SOLIDARIDAD EN EL MUNDO<br/>FERROVIARIO, 1902-1924</b> | 38 |
|---|----|

**Florencia D'Uva**

Sin marido ni sustento/ Construyendo la fraternidad  
gremial/ La solidaridad como sobrevivencia

---

|   |    |
|---|----|
| <b>3. POBRES EN SU LABERINTO. INFANCIAS<br/>DE TRABAJO EN LA PROVINCIA<br/>DE BUENOS AIRES, 1890-1920</b> | 60 |
|---|----|

**Yolanda de Paz Trueba**

Madres entre la crianza y la necesidad de subsistir/  
La colocación: un camino con varios sentidos/ Tramas  
personales y relaciones laborales

**4. SEÑORITAS DE ELITE Y OBRERAS.** 76  
LAS ESCUELAS FABRILES FEMENINAS  
DE LA LIGA PATRIÓTICA ARGENTINA  
EN BUENOS AIRES, 1920-1930

**Ludmila Scheinkman**

La Liga y su división sexual del trabajo/ ¿Qué enseñaba la escuela patriótica?/ ¿Instrucción para mansas obreras?/ Una ambivalente experiencia educativa

---

**5. ASÍ APRENDIMOS DE LA POLÍTICA.** 96  
ANTIFASCISTAS SANTAFESINAS  
EN LAS DÉCADAS DE 1930 Y 1940

**Laura Pasquali**

Siempre habrá una mujer en nuestra democracia/ Acción y victoria/ Moscú no es Pergamino/ Terminar con una sociedad caduca

---

**6. LA FORTUNA DE RAQUEL. UNA HISTORIA** 116  
DEL TRABAJO SEXUAL EN BUENOS AIRES,  
1920-1930

**Cristiana Schettini**

Las estrategias de un comisario resentido/ Las dueñas del dinero: esposas, madamas y socias/ Un barrio repleto de sinagogas/ Fotos, cartas y silencios/ Otras versiones sobre Raquel

---

**7. ENTRE BORDES Y MÁRGENES.** 138  
MAESTRAS POR LA PAMPA, 1900-1950

**María José Billorou**

Señoritas del campo a la ciudad/ Educadoras fuera de la escuela/ Maestras para el patio de la política

**8. ESENCIALES PERO SUBESTIMADAS.** 158  
ENFERMERAS BUSCANDO  
RECONOCIMIENTO EN LA PRIMERA  
MITAD DEL SIGLO XX

**Ana Laura** Martín y  
**Karina Inés** Ramacciotti

Entre empíricas y diplomadas/ Salvar vidas y ganar  
calificaciones profesionales/ Una larga historia  
de idas y vueltas

---

**9. ¿UN SALTO AL PARAÍSO? CONSUMO** 176  
**Y TRABAJO DOMÉSTICO, 1928-1959**

**Inés Pérez** y **Rebekah E. Pite**

El consumo como promesa de cocinar y vivir mejor:  
la entrada de las ecónomas/ ¿Liberación de las amas  
de casa? Desigualdades en la cocina/ Los reveses  
del consumo y las distancias sociales

---

**10. ESCRIBÍA CON SUS DIEZ DEDOS** 196  
**SIN MIRAR EL TECLADO. TRABAJO**  
EN EL SECTOR ADMINISTRATIVO  
EN BUENOS AIRES, **1935-1955**

**Graciela** Queirolo

Academias Pitman: el camino del éxito/  
Las diplomadas/ La paradoja de la empleada

---

**11. MÁS ALLÁ DEL INGENIO. MUJERES** 214  
**QUE TRABAJAN, DEFIENDEN SUS**  
**HOGARES Y DEMANDAN POR DERECHOS**  
EN TUCUMÁN, **1943-1955**

**Florencia** Gutiérrez

Empleadas domésticas, cosecheras y maestras/  
Las que luchan y reclaman/ Azúcar, trabajo  
y experiencia de clase

|   |     |
|---|-----|
| <b>12. PAISANITA REBELDE Y CONTESTADORA.<br/>DOMÉSTICAS, CLASE Y DELITO DURANTE<br/>EL PRIMER PERONISMO</b> | 234 |
|---|-----|

**Omar Acha**

Sindicalizar para peronizar o la revancha de las  
sirvientas/ El sueño de la armonía y la carta que  
lo negó/ Raquel y Rosario: los otros rostros

---

|  |     |
|--|-----|
| <b>13. YO NO PUEDO ESTAR EN TODAS<br/>LAS MISAS. LAS ESPÍAS PERONISTAS<br/>Y EL CONFLICTO CON LA IGLESIA, 1954</b> | 250 |
|--|-----|

**Carolina Barry**

Vigilar a los curas/ La organización de la inteligencia  
femenina/ ¿Qué escuchó Perón?/ La que se sienta más  
católica que peronista/ Las mujeres en los templos/  
Las *envenenadas* de los barrios

---

|                |     |
|----------------|-----|
| <b>BIBLIO.</b> | 274 |
|----------------|-----|

---

|              |     |
|--------------|-----|
| <b>BIOS.</b> | 288 |
|--------------|-----|

# INTRO.

**Débora** D'Antonio  
**Valeria Silvina** Pita



En ocasiones, los grandes proyectos surgen de pequeños gestos en tiempos extraños. El nuestro tuvo lugar a inicios del año 2020, entre dos amigas, lecturas de verano e inquietudes compartidas sobre el futuro. En ese cruce entrevimos la posibilidad de pensar en una nueva historia de las mujeres que fuese capaz de conmover algunos sentidos sobre el pasado. Hacía veinte años una primera colección había reunido a más de dos docenas de historiadoras. Éramos, en su mayoría, jóvenes que a la par que dábamos nuestros primeros pasos en el oficio, modelábamos los bordes de un campo historiográfico en formación con el empuje que contiene lo inaugural. Desde entonces, fuimos partícipes y testigos de cambios y mudanzas en los feminismos y en las instituciones académicas. La creación de programas de estudio y la ampliación del sistema científico, con becas y subsidios, acompañaron los intereses de especialistas, la diversificación de las agendas de trabajo y los diálogos entre generaciones y perspectivas. Tras estas décadas de armado de redes, grupos de estudio, colectivos de investigación y de una intensa labor en fondos documentales, confirmamos que contábamos con una base firme de pesquisas. Al mirar estos recorridos, con sus variaciones y riquezas, divisamos una propuesta editorial que podía aunar a las principales líneas de indagación e invitar a públicos amplios y curiosos a zambullirse en un mar de historias.

Mientras esbozábamos los contornos de nuestra idea, el mundo se trastocó ante el avance de un virus desconocido. Las fronteras, los espacios laborales, los encuentros y los festejos se clausuraron o desvanecieron y el confinamiento en las casas, para quienes tuvimos ese privilegio, comenzó a formar parte de una nueva cotidianidad. La pandemia conmovió seguridades, activó segregaciones, violencias, exclusiones sociales y precariedades, y lejos de tornarse un tiempo de descanso, volvió a poner en el tapete los trabajos de las mujeres, y la ilusión de que el hogar era un sitio seguro. ¿Cómo compatibilizar lo personal y lo laboral en este escenario? ¿Cómo haríamos historia con los archivos cerrados? ¿Qué espacios y puentes podríamos inventar para trabajar con otras personas, dialogar y acompañarnos? La ausencia de horizontes de optimismo, pero también la fragilidad de ese momento, nos dieron la oportunidad, a una especialista en el siglo diecinueve y otra en el siglo veinte, de revisar las maneras en que hacemos historia y pensamos históricamente. El peso de las incertidumbres en esa coyuntura nos hizo reconsiderar cuán poco prefijadas fueron las pisadas que otras mujeres dieron, quienes, al igual que nosotras, desconocían lo que les depararía el porvenir, si sus anhelos se cumplirían o si sus desazones hallarían alivio. ¿Cómo se expresarían esos caminos abiertos, desconocidos o indeterminados en una obra colectiva? ¿Qué temas, períodos y abordajes deberían formar parte de esta nueva historia? ¿Qué editorial cobijaría este proyecto? Unos tópicos, preguntas, problemas, focos fueron ga-

nando consistencia, abriéndose paso casi como un impulso vital, animado por el deseo de construir un refugio, un modo de religarnos, de volver a la historia y de intervenir en una conversación pública en tiempos arduos y fatigantes.

Nos propusimos entender cómo muy diversas mujeres desde esclavizadas, asalariadas, indígenas, amas de casa hasta militantes y otras, llevaron adelante y soñaron sus vidas, se organizaron y demandaron. Con el ánimo de aprender de sus semejanzas y diferencias y reconocer sus singularidades, intentaríamos aproximarnos a aquellas sin interponer nuestros juicios, valores y experiencias. Captar la contingencia del tiempo y sus vaivenes, eludiendo sentidos teleológicos, se ubicó en el centro de nuestro desafío historiográfico. Perseguimos con ello señalar las posibilidades y elecciones que ciertas mujeres tuvieron. Tomamos distancia de aquellas historiografías que asumen al tiempo como una cadena de acontecimientos progresiva, evolutiva y lineal. Nuestra apuesta ha sido la de alojarnos en una franja más sinuosa para pensar el pasado, esquivando también las dicotomías afincadas en nociones de avances y retrocesos, cambios y continuidades.

Desde prismas plurales, especificidades locales y convergencias historiográficas, nos interesó reconocer cómo unas mujeres resolvieron sus conflictos, cómo aprovecharon sus posiciones, o cómo intentaron torcer los rumbos de su existencia para proyectarse en el momento que les tocó vivir. Sus experiencias sociales se convirtieron en el corazón, en la distinción de este proyecto, en una posibilidad de interpelar con sus hallazgos una variedad de problemas que vertebran a la historiografía argentina de los últimos tres siglos. Atraídas por esta oportunidad decidimos organizar y jerarquizar tópicos, revisar periodizaciones y escalas. Este ejercicio nos reveló que teníamos entre manos la dirección de una obra de gran magnitud. La ideamos coral, como una convención de cómo contar unas historias, donde los contenidos y las maneras de escribir, la primacía de la descripción situada, el respeto a los esfuerzos fundados en el trabajo con documentos y la convicción de que descifrarlos es parte del arte de historizar, se constituyeron en el punto de partida. Entrelazar lenguajes, donde lo escrito y lo visual favorecieran la distinción de contextos y la identificación de escenarios sin perder profundidad histórica, formó parte también de los acuerdos.

Imaginamos nuestra colección en los colegios, en las universidades, en los gremios, en los trenes, en los grupos de estudio y formación, para deleite de muchas y distintas lecturas. Como directoras asumimos el reto de explicitar el problema de cómo escribimos y la importancia que adquieren nuestras palabras al ser leídas, y en tal sentido, cómo lo que narramos puede implicar de diferente modo a otras personas. Hemos aprendido que, al presentar unos temas, al enfocar en unas relaciones sociales, al utilizar un vocabulario, unas citas de autoridad, nuestros textos pueden incluir o excluir a quienes leen. Las palabras y las imágenes son canales poderosos para trans-

mitir cosmovisiones, cuestionar sentidos, revisar vetos y olvidos, matizar circunstancias e interrogar aquello que no es tan nítido o que quedó en un margen. Forjar una historia conjunta que reuniese evidencias visuales como objetos de la vida cotidiana, fotografías, panfletos, tapas de discos, para colaborar en conmensurar distancias y extrañezas entre el ayer y el hoy, y estimular la intuición histórica sería otro sello propio. Afortunadamente, otras generaciones de historiadoras de las mujeres nos alertaron acerca de estas distinciones, invitándonos a acompañarlas en el intento de contar historias que apuesten a la comunicación y a la difusión.

El camino era avanzar en una obra escrita por muchas voces y que, con sus zigzags creativos, sus diálogos y revisiones cruzadas, sugiriera que las intervenciones sobre el pasado son mucho más complejas y escurridizas de lo que se podría suponer de antemano. El envite fue reunir a un heterogéneo grupo de investigadoras, que con sus preguntas refinadas y su *expertise*, ofrecieran interpretaciones novedosas y conexiones entre problemas claves de la historia argentina. Los estilos de escritura son tan diversos como las incógnitas que podemos formular y las técnicas que empleamos tan variadas como los argumentos sobre los que conjeturamos. Mas sería el trabajo en los archivos y los modos artesanales –que confrontan pistas para descifrar y comprender lo remoto– lo que unificaría la trama de nuestro plan editorial. Para ello, cada capítulo debía estar informado en evidencias para abrazar algo de la enorme diversidad y rareza que existe entre lo pretérito y lo coetáneo, acordando que lo que pervivió es tan solo un fragmento.

La **Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina** que aquí presentamos cuenta con cuatro tomos y más de sesenta especialistas que se aventuraron a trabajar sobre estos pilares. La tarea demandó escuchas generosas, tiempo, idas y venidas, que colaboraron en hallar los tonos, las formas de argumentar y expresar asuntos intrincados de un modo claro y elocuente. Juntas nos esforzamos por hallar un lenguaje común para identificar problemas, proponer interrogantes, ensamblar temas y contar nuevas versiones sobre las mujeres alrededor de las cocinas, los patios y las camas. Con nuestras preguntas buscamos revisar los significados atribuidos a la política, el trabajo, la libertad, el sexo, invitando con ello a inspirar a la redefinición historiográfica. Finalmente, en sintonía hemos procurado capturar lo peculiar de cada tiempo histórico, evitando crear representaciones que reiteren esencialismos y confirmen anacronismos.

En el hacer historia y en esta colección hemos aprendido cómo las experiencias, las ideas, las intervenciones de personas sin poder, ni fortuna, ni estatus –que circularon por sitios poco prominentes– pueden generar transformaciones poderosas en sus tiempos y en los sentidos historiográficos. En las siguientes páginas nos detuvimos en unas mujeres, muchas de las cuales no dejaron papeles escritos de su propio puño y letra, pero cuyas trayectorias, expectativas y márgenes arrojan encrucijadas que per-

miten reexaminar escenarios, premisas y temporalidades. Los conflictos, las tensiones y las injusticias formaron parte de sus vidas, aunque no significaron siempre lo mismo ni sus connotaciones son unívocas para nosotras en el presente. La distancia se ha vuelto una posibilidad para comprender cómo ellas hallaron sus propios términos de resiliencia. Al escribir con todos los recaudos metodológicos posibles, hemos descubierto que, así como se organizaron, tomaron decisiones, también se equivocaron, dudaron y buscaron maneras creativas para sortear infortunios y sujeciones. Seguir sus huellas, nos ha ayudado a divisar las texturas de sus vivencias y acciones, diferenciándolas de las miradas que las definirían como víctimas de estructuras opresivas o patriarcales. Algunas transitaron por unas orillas que no significaron necesariamente límites, exclusiones o ánimos resignados sino modos históricos de trabajar, amar, rebelarse, mandar, hacer política. En otras palabras, de habitar el mundo. Estas mujeres nos incitaron a redefinir nuestras convicciones sobre lo central y lo periférico, ganando para la escritura variadas formas de entenderlos. Interpelamos a una multiplicidad de fuentes: papeles, retratos, inventarios, avisos clasificados, literatura, publicidades, cancioneros, grafitis, testimonios, y su riqueza está disponible para esta historia y para otras. Contextualizamos esas materias primas, revisando sus dobleces, detectando sus falacias, reconociendo sus opacidades, leyéndolas a contrapelo, tomando distancia de sus transparencias para transformarlas a partir de nuestros interrogantes en evidencias. Alertas a los silencios y exclusiones que también portan los archivos, evitamos reproducir y escalar la violencia de unas jerarquías sexuales, raciales o de clase, dando lugar a la pregunta incómoda por aquello que –ante su no inscripción– se supuso inexistente, que en presencia de la abundancia de fórmulas escritas se confundió con lo real y que frente a la homogeneización infririó la primacía de unas personas por sobre otras, tornando sus vidas aún más precarias.

Desde hace décadas los feminismos de modos provocadores, en distintas latitudes y con dispares tradiciones intelectuales y posiciones políticas, han desarmado nociones medulares del campo de las humanidades, advirtiendo sobre los peligros de las construcciones binarias y jerárquicas entre los sexos y los géneros, los esencialismos, las desigualdades, las inercias y las lógicas del poder. Con sus debates hemos sumado nuevos ángulos, conformado pivotes para el diálogo y encontrado unas llaves para revisar nuestras propias escrituras y posiciones historiográficas. A lo largo de esta obra, con inquietudes y sensibilidades diferentes, apelamos a conceptos, teorías y préstamos disciplinares que permitieron ganar puntos de mira, vocabularios y profundidad analítica. El desafío para esta Historia de las Mujeres fue abordar al género, la política, la raza, el conflicto social, entre otras categorías como provisionarias y, por lo tanto, enmarcadas en relaciones sociales, territorios y momentos específicos.

**La Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina** es un caleidoscopio de escritos hilvanados a partir de una potente reunión entre distintas generaciones de especialistas e investigadoras en estudios de las mujeres y en la perspectiva de género, formadas en ópticas diversas y provenientes de comunidades académicas, regiones y provincias variadas. Las tramas que se desenvuelven en los capítulos de esta colección están hospedadas en una franja compartida, atenta y sensible a identificar preguntas que alienten nuevos repertorios sobre mujeres muy diferentes entre sí, para reponer algo de sus vidas, de sus ilusiones o de las utopías que las envolvieron. Cada tomo es una entrada para pensar cómo los tiempos cambian y las mujeres también, y una invitación a ingresar en unos mundos singulares para descifrarlos en su peculiaridad. Sumergirse en su lectura implica captar cómo las fronteras temporales se tornan permeables al calor del movimiento de las historias que aquí se cuentan, haciendo del tiempo y las formas de exponerlo escenarios móviles e insumos para interpretarlas, más que límites donde anclarlas.

El foco en lo cotidiano y sus intersticios es una de las marcas comunes que recorren esta colección. Esta disposición convida a sondear en las supervivencias femeninas, en las dinámicas de lo doméstico y lo familiar, en las rutinas, en los lindes de lo comunitario y en las relaciones sexoafectivas para entrever sus relieves y sus mudas a lo largo del tiempo. La política y lo político ha sido también una característica que convocó a reflexionar sobre los modos que ellas les asignaron y las razones por las cuales se inmiscuyeron. Se expandieron los límites del parlamento y los partidos hacia las aulas, las cárceles o las rutas, mostrando cómo cambió lo público, lo colectivo, lo íntimo y los significados de poner el cuerpo, de negociar y de disputar.

Las historias del trabajo conforman una traza central de esta obra. Desde distintos puntos de vista se exhibió cuán fundamentales fueron para el movimiento de la economía y para el sostén de lo diario. Al escudriñar en las formas de trabajo, sus espacios y las relaciones laborales de dependencia, estas cobraron nuevas capas de problematización a partir de preguntas específicas en clave de género y racialización. Las conexiones entre temas fue otra de las características compartidas. Así, unos capítulos orientados al estudio de las trabajadoras enlazan dilemas en cuanto a lo político o lo económico, mientras que algunos que se interrogan por lo político se entremezclan en los pliegues de la cultura o del trabajo. Las mujeres que hallaron un lugar en estos volúmenes, con sus maneras de estar en el mundo, de ganarse el sustento, de amar, de crear sus propios sueños de emancipación y de librar sus contiendas colectivas, hicieron posible reconocer las dimensiones que rodearon a sus experiencias sociales y cuán necesario fue intentar historiográficamente localizarlas y conectarlas. Detrás de estas aspiraciones hemos urdido las piezas de esta colección.

Esta **Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina** fue posible gracias a la disposición abierta y generosa a la conversación entre colegas, una práctica que permitió deponer barreras –las que insisten en la individualidad– para enriquecer los intercambios, descubrir nuevas posibilidades para los escritos propios, las formas de narrarlos y de asociar argumentos. Como ya lo hicieron otras feministas, quienes a través de los años se encontraron, superando tensiones y conflictos, hemos hecho del diálogo una condición primordial que hizo posible que esta historia llegase a las manos de quien la lee. A la par, esta empresa se reconoce inacabada y atenta a nuevos enigmas, a cambios y a revisiones de sentidos. Entendemos que no hay nada más abierto que el pasado y que hacer historia es un intento de esculpir el tiempo con nuevas preguntas.

Queremos agradecer a nuestros pares, quienes nos acercaron sus saberes, sensibilidades y oficio para pensar y distinguir con lentes de género una serie de problemas, que reunidos en estos cuatro tomos innovan la lectura sobre las experiencias de las mujeres en el pasado y con ello de la historia argentina. Esta colección se benefició de la mirada de más de ciento veinte lectores y lectoras externas que con sus diferencias y sugerencias hicieron que los capítulos ganaran matices y profundidad.

En Prometeo hallamos no solo una casa editora sino un ámbito propicio a los intercambios, respetuoso de los procesos de maduración de las ideas, de la consolidación de los rumbos, y cuidadoso de las personas involucradas en el hacer estos libros, que con sus conocimientos acompañaron los aspectos esenciales del diseño, la comunicación, el tratamiento de las imágenes y la corrección de estilo. Faltan palabras para agradecer a nuestro editor Raúl Carioli, quien en medio de la pandemia, en momentos de fuertes incertidumbres y zozobras, con su empuje, paciencia, desprendimiento y amorosidad apostó por esta colección de gran porte.

Antes de dejarles a solas en este mar de historias, quisiéramos compartir algo más de cómo este trabajo nos envolvió y conmovió. En los inicios de esta aventura desconocíamos cuán intensos serían los aprendizajes, las interpelaciones que nos animaríamos a afrontar y las vueltas creativas que daríamos. Todo esto también formó parte de la dirección, del armado y la revisión constante de esta obra. Luego de estos años, nosotras ya no somos las mismas, como esta Nueva Historia de las Mujeres, nos hemos movido, aprehendiendo algo de la inmensidad del tiempo, de las maneras de hacer y pensar históricamente y de la fuerza del deseo en toda iniciativa colectiva. ¡Ojalá que disfruten de la lectura tanto como nosotras de haberla imaginado y llevado adelante!



RECETAS QUE  
SE TRANSFORMAN  
EN LIBROS.  
APUNTADORAS,  
ESCRITORAS  
Y COCINERAS,  
1865-1914

Paula Caldo





---

**La cocina de la escritora**

Alfonsina Storni, 1925, Departamento Documentos Fotográficos, AGN

---

En el mes de mayo de 1914, la publicación madrileña *Razón y Fe*, editada por los Padres de la Compañía de Jesús, recomendó la lectura de *La cocinera criolla*: “un volumen de 12 V2 X 19 ½ cm de VIII-238 páginas. Precio, 3,50 pesetas, encuadernado, Luis Gili Editor, Barcelona”.<sup>1</sup> Se trataba de un recetario de cocina publicado con un seudónimo, el de Marta, en homenaje a un personaje bíblico. Según la tradición católica ella era la encargada de los quehaceres del hogar y de la cocina. Sin embargo, entre el perfil de Marta de Betania y la mujer que motorizó la publicación existieron sustanciales diferencias.

Quien escribió *La cocinera...* fue Mercedes Cullen de Aldao.<sup>2</sup> Ella nació en la ciudad de Santa Fe en el año 1865 y pertenecía, tanto por línea paterna como materna, a dos familias notables, la de Tomás Cullen y Josefa Comas. Mercedes formó parte de la sociabilidad de la elite santafesina y de la Sociedad de Beneficencia local. Contrajo matrimonio con José Aldao y Zavalla, que sería el padre de su hijo Tomás. A comienzos del siglo XX, quedó viuda. La muerte del esposo la sumió en una profunda tristeza que mitigó concentrándose en su labor filantrópica y en la programación de viajes. Fue en 1913 cuando cruzó el océano para participar de una misión religiosa en Roma y aprovechó su estancia para, entre otros asuntos, llevar consigo los borradores de *La cocinera...* Inició los contactos con la imprenta de Luis Gili, donde finalmente se concretó la edición. El libro tenía un fin solidario. Su hermano, el médico José María Cullen, era director del Hospital de la Caridad de la ciudad de Santa Fe. El edificio no contaba con una capilla donde suplicar por la recuperación de quienes estaban enfermos. Mercedes, en el intento de resolver esa carencia, desplegó una agenda de actividades para recaudar fondos, entre las que se inscribió la edición del recetario.

La viuda no era una experta en los quehaceres de la cocina y para componer su texto acudió al auxilio de las cocineras de la región, a la consulta con sus amigas y a las damas que conoció durante el viaje. Esa miscelánea de voces se plasmó en las recetas publicadas en 1914. Desde entonces, el libro tuvo más de veinticinco reediciones con sello español, pero también con imprentas litoraleñas como la de los Hermanos Salatín y Castellví. El resultado final fue tanto la construcción de la mentada capilla como el surgimiento del primer *best seller* de la cocina criolla escrito desde la ciudad de Santa Fe y por una mujer.

En las siguientes páginas, la mirada se dirige hacia unos ejercicios de escritura que en el entresiglo hicieron que la cocina y las recetas fuesen, para las mujeres, un tema sobre el cual escribir y publicar. Ellas al redactar las formas de la cocina, reforzarían desde una instancia pública un lugar doméstico para otras, a la vez que ayudarían a dar vida a una identidad nacional combinada con otras regionales.

## **Costumbres en común**

El ejercicio de escritura emprendido por Mercedes se incluía en un conjunto de recetarios que venían publicándose desde fines del siglo XIX con el objeto de dar a conocer la tradición culinaria argentina. Esos materiales de imprenta mantuvieron algunos rasgos en común. Se basaban en apuntes tomados durante el devenir de la vida cotidiana; recuperaban un saber a partir de negociaciones previas entre mujeres; y se publicaban utilizando iniciales o bajo un seudónimo que refería a alguna cocinera. En general, fueron el único producto editorial que sus hacedoras elaboraron en un momento específico: la edad adulta y el estado de viudez.

Una pionera en el tema fue Virginia Pueyrredón, la hija natural de Juan Martín, militar y político de la era revolucionaria de 1810 y de la mendocina Juana Sánchez.<sup>3</sup> En 1871, Virginia, viuda, residiendo en Buenos Aires y padeciendo problemas de salud, fue invitada por el editor Carlos Casavalle, allegado a su yerno Mariano Pelliza, a publicar sus apuntes de cocina.<sup>4</sup> La mujer aceptó la propuesta e inmediatamente comenzó a trabajar sobre las recetas a fin de hacerlas comunicables. Esa labor se vio interrumpida por su delicada salud que culminó en la muerte, lo que dejó inconclusa la empresa de dar forma de libro a sus apuntes. Fueron el editor y su yerno quienes concluyeron el texto. Este tuvo por nombre *Almanaque de la cocinera argentina* para el año 1881. En las advertencias preliminares, Casavalle manifestó que se había iniciado un trabajo de reelaboración para dar forma a un almanaque culinario que hiciese justicia al método pensado por “tan distinguida autora”.<sup>5</sup> Por entonces, estos eran publicaciones de edi-

ción frecuente, destinados a lectores y lectoras de los sectores populares. Si el soporte textual aludía a un escrito en particular, vinculado con el calendario y las cronologías, en el caso del de Virginia solo tuvo como marca temporal: el número correspondiente al año vigente impreso en el título. Su almanaque se reeditaba de año en año y cada aparición contaba con una reseña en el *Anuario Bibliográfico* de Alberto Navarro Viola.<sup>6</sup> En esas notas breves, situadas en la sección Variedades, se presentaba a la autora, se explicaban los orígenes de las recetas y se indicaban los números de ejemplares impresos. El pequeño libro de tapas blandas y hojas en papel de poco gramaje presentó instrucciones para cocinar escritas en prosa y compuestas por dos partes: el título y la descripción entrelazada de procedimiento e ingredientes; un estilo de escritura adoptado en la mayoría de los recetarios de la época.

Mientras el trabajo de Virginia se editaba año tras año, en 1888 apareció *La perfecta cocinera argentina*, un recetario con el sello de la imprenta de Jacobo Peuser que superaba ampliamente a las sencillas ediciones de Casavalle. Se trataba de un libro encuadernado en tapas duras, cosido y con hojas en papel lujoso. El texto, despojado de notas



En el *Almanaque de la cocinera argentina para 1881* como en *La cocinera criolla* las autoras evitaron que sus nombres propios quedaran asociados al mundo editorial. La primera recurrió a iniciales y la segunda a un seudónimo para llevar adelante sus proyectos. Sin embargo, Juana Manuela Gorriti que era escritora firmaba sus libros. Dos urgencias la habrían impulsado a publicar *Cocina Ecléctica*: antiparse al libro de otra colega, Emilia de Pardo Bazán, y su necesidad de ganar dinero. Tapas de las primeras ediciones de Marta, *La cocinera criolla*, Luis Gilli, Barcelona, 1914; Juana Manuela Gorriti, *Cocina Ecléctica*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1890; V. P. de P. *Almanaque de la cocinera argentina para 1881*, Casavalle, Buenos Aires, 1880.



---

En las casas señoriales era usual el cruce de mujeres por el tercer patio, donde se ubicaban el corral con las aves y animales de granja para consumo familiar, la huerta, la cocina y las dependencias de servicio. Ese patio era el dominio de la cocinera –generalmente afrodescendiente–, de las ayudantes de cocina y demás personal doméstico. No estaba habilitado para las niñas de la familia, excepto cuando su educación lo requería. *Un patio porteño de 1850*, Prilidiano Pueyrredón, circa 1860, Museo Nacional de Bellas Artes, Óleo.

---

introdutorias, ofrecía un índice alfabético de recetas. En la portada aparecía un nombre de mujer: Teófila Benavento. El nieto de la autora, Mariano Apellániz,<sup>7</sup> explicó que Teófila fue el seudónimo elegido por Susana Torres de Castex.<sup>8</sup> Ella gustaba de la buena comida y cocinaba. Ese deleite por la gastronomía y por las tradiciones culinarias, la motivó para publicar sus recomendaciones más selectas. Pero, al momento de firmar el original, prefirió utilizar el nombre de una de las cocineras que servían a la familia, Teófila, una italiana, que quizás fue la que le despertó su pasión por estos menesteres.

En 1890 y bajo el sello de Félix Lajouane, la salteña Juana Manuela Gorriti, ya anciana y viviendo en Buenos Aires, editó *Cocina ecléctica*.<sup>9</sup> Juana Manuela solicitó recetas a amigas, a colegas escritoras y también a parientas. Es así como reunió doscientos cuarenta y cinco fórmulas aportadas por ciento setenta y tres mujeres. Su experiencia

marcó una excepción con respecto al estilo escritural que venían ejercitando otras mujeres, puesto que ella firmó como autora y confesó su ignorancia en materia culinaria. El resultado fue una compilación, y la creación de una instancia narrativa donde nombró a sus colaboradoras y, al mismo tiempo, se presentó como una más entre ellas dando cuenta de sus aprendizajes en esos intercambios. La empresa de Juana Manuela fue más allá: ella era escritora e hizo su recetario. A la par emprendió una disputa cultural sobre unos lineamientos de la cocina argentina y latinoamericana, y el vínculo entre mujeres amas de casa y cocina.

Estos textos con las instrucciones para cocinar irrumpieron en el mercado editorial durante las dos últimas décadas del siglo XIX, coincidiendo con la apertura de un campo específico para la actividad de escritoras de entresiglos.<sup>10</sup> Esas mujeres encontraron un primer espacio de acción e intervención en la prensa gráfica, para luego alcanzar el lugar de autoras. Además de publicar literatura, escribían sobre moda, reglas de sociabilidad y labores de punto, así como de saberes del hogar. Dentro de este grupo se inscribieron esas apuntadoras de recetas de cocina que pasaron por la prensa sin identificarse como escritoras.<sup>11</sup> Quizás ellas fueron necesarias para esculpir los lineamientos de una pieza fundamental de la cultura argentina: la cocina. La misma Virginia inició su texto afirmando que el plato nacional por excelencia era el asado, luego recuperó la mesa de los viajeros en campaña y todo el potencial pampeano con sus carnes y sus vegetales.

Con tres nombres propios, Virginia, Susana y Juana Manuela, se fue forjando un estilo de publicaciones culinarias que se proyectó al siglo XX. Sería allí donde anidaría el éxito del libro de Mercedes, que lejos estuvo de ser original al incorporarse al ámbito femenino y nacional de las recetas de cocina.

## Mujeres en las cocinas

Elvira Aldao de Díaz, prima de Mercedes, contó en sus crónicas que las mejores clases de cocina que presencié fueron las de la negra Manuela, que trabajaba en la estancia de sus padres. Durante los paseos por el campo, las niñas de la familia invadían su espacio. Mientras aprendían a preparar el amasijo para el pan, las empanadas, veían cómo se guisaba y el modo de elaborar los platos típicos del paladar criollo. La negra podía cocinarlo todo y muy bien. Elvira, al tiempo que recuperó y halagó el saber de Manuela, cuestionó el libro de Mercedes. Afirmó que solo servía para precisar los nombres de los platos, no así para orientar en los quehaceres culinarios. Las recetas y la habitación donde se cocían los alimentos eran patrimonio de mujeres de oficio. Tanto era así, que la misma



Mercedes reconoció haber consultado a expertas en cocina para ordenar las fórmulas que finalmente publicó. Algo que también hizo Susana Torres cuando acudió a Teófila.

El reparto del trabajo entre mujeres estaba signado por indicadores raciales y de clase. Las cocineras afrodescendientes fueron preferidas por las familias notables decimonónicas. Luego, serían reemplazadas por las inmigrantes europeas. Este fue el caso de Teófila, cuyo nombre quedó impreso en el libro de Susana Torres. Esas señoras de la elite tuvieron acceso al saber en carácter de observadoras, ya que no cocinaban. La escritura de esos recetarios daría cuenta de cómo el orden de los ingredientes y la austeridad de la descripción de los procedimientos eran indicios del respeto a los conocimientos de la cocinera. Este era un arte de hacer que implicaba acción, no discursos. Al seguir esa lógica, las mejores clases serían las presenciales y requerirían de una fina percepción de aromas, texturas, sabores, sonidos. Sin acceso a ello, la cocinera debía, posiblemente, hacer el ejercicio de poner en palabras unas prácticas para dictarlas a la señora que redactaba muchas veces sin saber preparar las recetas. Entre estas mujeres coincidía la




---

Las empanadas formaron parte de los recetarios como un plato típico de la tradición culinaria argentina que se degustaba en eventos sociales, en las fiestas populares, en las mesas familiares y en los puestos de venta callejeros. Hacer empanadas conllevaba varios pasos: preparar el relleno, la masa, el repulgue, y finalmente cocinarlas. La tarea se compartía en espacios muy diversos como las cocinas, las plazas y las fábricas. *Haciendo empanadas, 1934* y *Vendedora preparando empanadas para la fiesta de la Pachamama en Tucumán, 1955*, Departamento Documentos Fotográficos, AGN.

---

acción de la mano que cocinaba o que escribía. En ese ir y venir fue construyéndose un saber específico femenino que, sin ocurrir en el cuarto propio de la escritora, sucedía en el de la cocinera. Elvira expresó con ironía: “la cocina era el antro de las manipulaciones culinarias de doña Manuela”.<sup>12</sup> Por su parte y tiempo antes, la viajera y escritora Lina Beck-Bernard describió la vida cotidiana santafesina y afirmó: “Una negra horrible, cocinera de la comunidad, acude a las voces de los muchachos y me hace pasar por otro patio adyacente, donde tiene su antro culinario”.<sup>13</sup> Además de la mirada despectiva de





---

Las travesías por la Pampa y el Litoral dejaron sus huellas en las apuntadoras que solían viajar y saborear distintos manjares. Las carnes asadas acompañaron también a mujeres de la elite en las temporadas de descanso en sus estancias. *Asado de campo en la estancia Ernestina (detalle), 1905, Departamento Documentos Fotográficos, AGN.*

---

una europea blanca de mediados del siglo XIX, sus palabras ponen nuevamente de relieve que la cocina era un sitio propio para unas mujeres consideradas dependientes. Entonces, para ingresar, las de la elite necesitaban obtener unos permisos que habilitarían unos intercambios, donde esas otras que cocinaban, mandaban.

Una de las colaboradoras de Gorriti expresó: “Necesita solamente pero de manera indispensable, manos de mujer, para darle ese punto que, en tal clase de platos, los más entendidos cocineros desconocen”.<sup>14</sup> Al calor de estas afirmaciones que marcaban la necesaria intervención de unas manos femeninas como condición para un buen resultado, fue tallándose una estrecha relación de las mujeres con la cocina. Al emplear el plural, la palabra mujeres quedaría marcada por diferencias que, en las negociaciones en torno al saber culinario, se inscribirían en lógicas de respeto, escucha y autoridad que alterarían el orden vigente. La cocinera, dueña del saber, era elevada al lugar de autora porque finalmente ella sabía qué hacer en la cocina, entre tanto, otras miraban, aprendían o escribían.

El indicio más tangible de esos intercambios femeninos en torno al fogón serían las recetas atribuidas que se presentaban bajo un nombre propio. En la propuesta de Susana Torres que firmó como Teófila hubo ejemplos de este tipo. El nombre de Josefa apareció en varias comidas, unas veces directamente y otras entre paréntesis: Albóndigas Josefa, Carbonada Josefa, Empanadas tucumanas (Josefa), Humita Josefa, Pescado frito Josefa, Quimbos Josefa. El nombre de la madre y de una de las hijas de Susana también era enunciado: Empanadas Joaquinita, Tortas santafesinas Joaquinita, Tortas porteñas Joaquinita. El recetario abunda en nombres femeninos: Pastelitos al horno (Martirena), Dulce de tomates (Damasia Barreto), Baño blanco para coscorrónes (María), Bizcochuelo a lo Laurita, Bizcochuelo de Avelina, Carbonada (Andrea), Crepe de Viena (Emilia), Dulce de duraznos (Enriqueta), Dulce de leche (Genoveva el mejor), Ecrevisses Teófila Benavento, Ensalada Elisa de tomatitos, Gallina Carmelita, Huevos a la Aurora, Yema dura para yemas (Carmen), Tortilla alemana mamá Elena, Mermeladas Juana de damasco, Torta Betty (con levadura), Pasteles a lo María Juana, Perdices en escabeche (Adriana), Soufflé Zelmira.<sup>15</sup> Ya sea entre paréntesis o nominando el plato, *La perfecta cocinera argentina* reconocía a quienes colaboraron con su recetario. Con la excepción de Damasia Barreto y de la mismísima Teófila Benavento, las demás fueron mencionadas solo por su nombre de pila. Quizás, los lazos de amistad entre mujeres –como los trazados en torno a las jerarquías establecidas entre las señoras y las cocineras del servicio doméstico– contribuyeron a borrar los nombres propios de manera completa. Se trataría de la intimidad y cercanía de un entre mujeres que cocinaban y de la conjunción de prácticas, saberes y lugares que irrumpieron en el espacio público, gracias a la imprenta.

## **Cacerolas, cazuelas y fogones**

Las fórmulas apuntadas en los libros escritos por las mujeres de entresiglos pautaron una práctica que cobró realidad en un espacio particular de la casa: la cocina. Entre los recetarios aquí estudiados, el de Virginia Pueyrredón puntualizaba que, para el año 1881, la habitación destinada a estos quehaceres debía ser “espaciosa, puerta al norte, ventana al sur, cocina económica, fogón de ladrillo, un horno pequeño para media arroba y los siguientes utensilios”.<sup>16</sup> A estos últimos los enumeró: canasto para el carbón, lebrillos, almirez, jarro de lata, rallador, palote, canastos, mortero, budineras, espumadera, chocolatera, serrucho fino, hacha grande, palita de madera, asador, hachuela, molinillo de café, cajón para la sal, tachos, coladores de lanilla, lienzos, delantal, ollas, sartenes, cacerolas, cazuelas y parrillas. Para su montaje, la cocina requería de

un mobiliario particular: estantes y armazones de pino para el guardado de la vajilla, y mesas para trabajar los ingredientes y una especial para amasar. Recomendaba poseer lavatorio de hierro, toallas de lienzo y jabón para garantizar la higiene. También ofreció precisiones sobre la fiamblera –esa caja de madera y tejido utilizada para conservar la carne cuando aún no existía la heladera–. Indicó que la cocina debía tener un espacio de tierra frente al fogón para poder efectuar el plato nacional: el asado. He ahí la cocina perfecta de la que disfrutaban un puñado de familias de elite, entre tanto la gran mayoría resolvía su alimentación con austeros enseres y al calor de rudimentarios fogones.

Muchos de los elementos mencionados requerían exclusivamente de la fuerza humana para activarlos. En general se trató de recipientes y elementos para cortar, batir, colar, moler o amasar, junto a otros que garantizaban la higiene durante esas acciones. Esta estructura de cocina se mantuvo incluso en la propuesta de *La cocinera criolla* del año 1914. En sus sucesivas reediciones este libro santafesino experimentó la transición de la cocina económica a la de gas, la existencia de alimentos producidos por empresas nacionales o extranjeras publicitados en medios gráficos y en la radio, y unos discursos que intentaban fijar por medio de cargas morales y sociales a las mujeres en el hogar.

## **El menú**

*La cocinera argentina*, *La perfecta cocinera argentina*, *Cocina ecléctica*, *La cocinera criolla*, con sus diferencias, emprendieron la disputa por establecer una gramática culinaria nacional.<sup>17</sup> Los títulos intentaron hacer una síntesis de un modo de preparar alimentos y de comer, que servía para extranjeros y locales de carta de presentación de una tradición nacional en construcción. En esa dinámica, las apuntadoras de recetas encontraron un centro de operación desde las cocinas, dando inicio así a una línea tangible de recetarios de autoría femenina.

El *Almanaque de la cocinera argentina* de Pueyrredón presentó en su primera edición trescientas cuatro recetas distribuidas en 12 capítulos. Los dos primeros “Improvisados” y “Mesa del viajero en campaña” atendieron a la experiencia de la autora en sus viajes por los caminos rurales entre San Isidro, Montevideo, Salto, Concordia y Buenos Aires.<sup>18</sup> Allí se expresó el potencial alimentario de la llanura pampeana y del litoral. La comida sugerida era simple: huevos, pan, carne provista por los animales de caza menor, y vegetales. El modo de cocción hegemónico fue el asado. El capítulo 11 titulado “Otras preparaciones y composturas”, indicó cómo recuperar carne o leche en mal estado, por ejemplo. También se presentaron recetas a base de pescados de río



Los helados formaron parte de los libros de cocina y también del gusto popular. Ya en la década de 1850 eran considerados una delicia y su consumo se publicitaba en los periódicos de distintas partes del país. *El Nacional Argentino de Paraná*, 12 de enero de 1859, AGN.

y se perfiló como un manjar especial la carne de nonato.<sup>19</sup> Por otra parte, se destacaron las salsas, algunas de procedencia francesa e inglesa. Pero también se indicaron los platos clásicos de un menú criollo: humita y locro. En los capítulos destinados al tratamiento de los manjares dulces, la quietud de la residencia familiar contrastó con el movimiento del camino de los viajeros. Los dulces de membrillo, limón sutil o guindas y toda una variedad de frutas preparadas en conservas, en compotas o al horno, indicarían el sedentarismo del hogar, basado en lo que se producía en sus propias quintas. En síntesis, la cocina de Virginia se centró en carnes asadas y comida de olla, a lo que sumó una carta de pastelería salada, cuyas estrellas eran el pan y las empanadas; y una repostería que acentuaba harinas, frutas y azúcares.

*La perfecta cocinera argentina* presentó cuatrocientas trece recetas, en las que se mixturaron platos dulces con otros salados. Susana Torres fue una viajera, dueña de una activa agenda social, que supo gozar de la buena mesa y en ese plan escribió. Enfatizó la cocina francesa, aunque se permitió combinarla con la inglesa, la alemana, la española y la italiana, entre otras. El menú criollo estuvo simbolizado por sus locros, empanadas y humitas. Se destacaron las carnes de aves, pescados, vacunos, cerdos y corderos adobadas con diferentes salsas. En la sugerencia de las salsas se inscribió el toque extranjero de cada plato. Las ensaladas de vegetales resultaron las guarniciones apropiadas. Las sopas secas y líquidas aparecieron en todas sus variedades, incluyendo lo que hoy se denomina pastas. Finalmente, la repostería contaba con alfajores, tortas, galletas, budines y una variedad de frutas en dulces, compotas o conservas y también de helados. El menú de este libro propuso un punto de intersección entre la cocina europea, el menú criollo y la gastronomía existente en Buenos Aires hacia el final de la década de 1880.



RECETAS QUE SE TRANSFORMAN EN LIBROS